



*Pedro San Miguel y la ética de la escritura histórica o Pedro San Miguel y la crítica como vocación. El que más le guste. Presentación: Pensar la historia desde los escombros. Ensayos sobre historiografía y pensamiento histórico, de Pedro L. San Miguel.*

Carlos D. Altagracia Espada  
Universidad de Puerto Rico, Arecibo  
Centro de Estudios Iberoamericanos

La borró de la fotografía de su vida, no porque no la hubiese amado, sino, precisamente, porque la quiso. La borró junto con el amor que sintió por ella, la borró igual que el departamento de propaganda del partido borró a Clementis del balcón en el que Gottwald pronunció su discurso histórico. Mirek es un corrector de la historia igual que lo es el Partido Comunista, igual que todos los partidos políticos, que todas las naciones, que el hombre. La gente grita que quiere crear un futuro mejor, pero eso no es verdad. El futuro es un vacío indiferente que no le interesa a nadie, mientras que el pasado está lleno de vida y su rostro nos excita, nos irrita, nos ofende y por eso queremos destruirlo o retocarlo. Los hombres quieren ser dueños del futuro solo para poder cambiar el pasado. Luchan por entrar en el laboratorio en el que se retocan las fotografías y se reescriben las biografías y la historia.

Milan Kundera, *El libro de la risa y el olvido*

Su risa no tiene nada que ver con los chistes o el humor, es la risa seria de los ángeles expresando su alegría de vivir. Los dos tipos de risa forman parte de los placeres de la vida, pero cuando la risa se lleva al exceso también denota un apocalipsis dual: la risa entusiasta de ángeles fanáticos, tan convencidos de su concepción del mundo que están dispuestos a colgar a cualquiera que no comparta su alegría. Y la otra risa, que nos llega desde el lado opuesto, y que proclama que nada tiene sentido, que incluso los funerales son ridículos y el sexo en grupo una mera pantomima cómica. La vida humana está limitada por dos abismos: el fanatismo de un lado y el absoluto escepticismo del otro.

Milan Kundera entrevistado por Philip Roth, 1982.

Deseo agradecer al doctor Pedro San Miguel y a los organizadores de la editorial Letra Gráfica por la invitación y por el cuidado editorial que exhibe el libro. Para mí es un gran placer



compartir con ustedes algunas de las ideas contenidas en estas páginas y otras que han surgido a partir de la relectura de estos ensayos. Voy a comenzar señalando que me gusta titular mis escritos, pues, como me enseñaran mis maestros, el título de alguna manera debe recoger o sugerir aspectos del contenido del texto en cuestión. En esta ocasión no he podido decidir y por eso comparto con ustedes dos posibles títulos para esta presentación: *Pedro San Miguel y la ética de la escritura histórica* y *Pedro San Miguel y la crítica como vocación*.

De los ensayos incluidos en esta complicación hay dos que utilizo con frecuencia regularmente en mis cursos en la Universidad de Puerto Rico en Arecibo. Me refiero a *Visiones históricas del Caribe: Entre la mirada imperial y las resistencias de los subalternos* y *Falsos (además de confusos) comienzos de una digresión sobre Historia y Antropología*. El primer texto constituye un mapa, una bitácora de viaje temático y bibliográfico para acercarse a la historia caribeña. Sirve para orientarnos, mas no para encajonarnos y establecer fronteras temáticas; más bien todo lo contrario. La crítica de San Miguel abre la posibilidad para imaginar y pensar el Caribe a partir de la relación foucaultiana entre el saber y el poder. A pesar de que no es señalado por nuestro historiador, esa relación es posible ubicarla en cada una de las etapas temáticas que componen este ensayo. De ahí la importancia que tiene ese intento de comprensión de largo aliento, de larga duración.

Más no sólo se trata de los deslindes temáticos que rigen el orden de este ensayo –Pedro analiza cuatro metarrelatos: la geopolítica; el atraso o subdesarrollo económico; las identidades y las resistencias subalternas–, sino más bien de la estrategia de análisis que lo conforma. Lo novedoso y estimulante es el énfasis puesto en el poder de la imaginación para la construcción de los registros académicos que funcionan como resortes de las concepciones del Caribe analizadas. Además, este ensayo nos permite rastrear algunos de los lugares epistemológicos



que sirvieron de base a los diferentes argumentos analizados. Por eso, el mismo es sabroso en críticas y evaluaciones de los preceptos y conceptos utilizados por las distintas voces que constituyen el archivo bibliográfico de este libro.

Hace más años de los que quiero recordar, un estudiante, luego de pasar dos clases discutiendo las *Visiones históricas*, (¿las de Pedro o las que Pedro analiza?) me hace dos señalamientos que no he olvidado. El joven me preguntó con toda honestidad: Ese señor San Miguel, ¿qué estudió, literatura o crítica literaria? Y a renglón seguido puntualizó: no me queda claro si este ensayo es Historia u otra cosa. Ya la clase había terminado. Invité un café a mi estudiante y, luego de explicarle que Pedro disfruta mucho de sus confusiones y preguntas, le propuse que leyéramos y discutiéramos otro de los ensayos que componen esta colección: *Falsos (además de confusos) comienzos de una digresión sobre Historia y Antropología*. Desde mi perspectiva, mucho de lo que nuestro historiador ha pensado sobre los cánones de la disciplina de la Historia y sus aporías comienzan a perfilarse en este escrito, aunque un año antes había publicado *La isla imaginada*, un libro parte aguas en la historiografía caribeña y dominicana.

Para leer *Falsos comienzos* hace falta preguntarse por las condiciones de posibilidad del mismo. En otras palabras, intentemos ubicarlo en un espacio académico, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras; en un tiempo, década de los 90, y en un país: Puerto Rico. En aquellos tiempos se procesaban en nuestra isla los debates sobre las tensiones que el giro lingüístico y el giro cultural introdujo en las respectivas disciplinas de las Ciencias Sociales y de la Historia. Como desprendimiento de ese debate, inevitablemente algunos historiadores – más bien unos pocos, entre ellos Pedro– comenzaron a plantearse preguntas sobre el oficio de los clionautas. Particularmente sobre los aspectos de la narrativa histórica y su relación con la



literatura, el archivo, la pretendida objetividad y la transparencia, el rol de la imaginación, la relación saber-poder y los sujetos que habitan las narraciones. Más aun, se establecieron críticas a conceptos o categorías sagrados, como por ejemplo nación, Estado, cultura, clases sociales, patria, pueblo y Verdad. Ya desde este momento podemos vislumbrar que era inevitable que Pedro lograra dar con los argumentos de Koselleck y así ampliar su registro conceptual para tensar aún más sus argumentos. Claro, que poderlo ver a posteriori es más fácil gracias a que las narraciones tienen un poder de prestidigitación que hacen que podamos imaginar las ausencias.

En *Falsos comienzos*, Pedro da un paso al frente, –que realmente es un paso atrás, en la medida en que recurre a su pasado como investigador del campesinado del Cibao, y quién sabe si hasta un poco más atrás cuando estudiaba su licenciatura en ciencias políticas en el Recinto de Río Piedras de la Universidad de Puerto Rico– para pasar revista sobre lo que había realizado hasta el momento como historiador y formular sus preguntas sobre el quehacer de los historiadores y los antropólogos. ¿Qué hacen ambos cuando investigan? ¿Qué hacen cuando narran? ¿Desde dónde hablan? ¿Qué significa mirar y escuchar? ¿A quiénes miran y pretenden escuchar? ¿A quiénes pretenden representar? ¿Cómo son utilizados los fragmentos y virutas que reúnen y utilizan como materiales para construir sus narraciones? ¿Cómo unen esos elementos para comunicar lo que desean? ¿Cuánto hay de imaginación e indeterminación en lo que decimos? A fin de cuentas, ¿cuáles han sido los fundamentos epistemológicos en los que se sostienen las investigaciones en ambas disciplinas y qué roles han desempeñado los intelectuales con relación al poder?

Al cuestionar la transparencia de las narraciones históricas, San Miguel comenta que “gracias a la escritura se crean ilusiones totalizadoras mediante las cuales se obtiene un poder



sobre las cosas, por lo que la representación generada por el texto etnográfico –y por el histórico– posee un poder mágico sobre las apariencias, que le permite convertir en presencia lo que está ausente”. Dicho de otro modo, los textos tienen la capacidad de hacer familiar lo que no lo es, de convertir en presencia lo ausente y lo distante. Ese es un acto “casi mágico”, dice Pedro, que hace factible el conocimiento sobre los “otros”, pero al mismo tiempo ese saber “funciona como un espejo roto, de imágenes deformadas, en el que Occidente se mira para ver sus rostros ocultos o para adoptar nuevas máscaras”. Ese acto poético y la evocación del pasado, ese entender, creer y percibir la realidad, nos impone una dependencia de juegos y figuras retóricas e irremediamente nos impone una reflexión sobre la política y la ética con respecto al uso del lenguaje. Porque como sugiere Pedro en otros de sus ensayos, si asumimos que los relatos “sobre las sociedades humanas contribuyen a definir los vínculos sociales” del pasado, presente y futuro, y si esos relatos expresan vínculos sociales, entonces los conceptos y “tropos que los estructuran son palabras que atan o que pueden llegar a enlazar”. Por eso, las “buenas intenciones” del historiador no constituyen una prueba de su transparencia ética.

De hecho, los aspectos éticos del ejercicio de historiar es otro de los temas que atraviesan estos ensayos. Como es posible apreciar y puntalicé sobre *Falsos comienzos*, Pedro recurre a su experiencia explorando otras disciplinas para comparar y llevar al límite sus cuestionamientos sobre la producción historiográfica. En otro de sus ensayos, el historiador recurre a la fotografía para relacionar el ejercicio del fotógrafo con el de su disciplina. El fotógrafo y el historiador se apropian de instantes de vidas ajenas. La violencia intrínseca a este ejercicio implica un acto de apropiación que, a su vez, señala el siguiente callejón sin salida: o ejercemos la violencia y nos apropiamos de esas vidas para, representándolas y



transformándolas, darlas a conocer “a los humanos del presente” o las dejamos quietas, condenándolas al olvido.

En todos los ensayos que componen este libro se trabaja la idea de que los textos históricos o la evocación del pasado no es casual ni se basta así misma política y éticamente. Incluso, que puede llegar a tratarse de una forma de perversión que oprime y determina a los seres humanos ya que “terminamos adueñándonos impunemente de unas vidas, rebautizándolas con nuestros conceptos y nuestras categorías, para supuestamente hacerlas más comprensibles e inteligibles.” Desde este basamento conceptual, varios de los ensayos son dedicados al análisis crítico de algunos aspectos, particularmente las relaciones de poder que le están aparejadas y las complejidades de la producción historiográfica en el Caribe hispano.

Deseo destacar que San Miguel se detiene en el lema “prohibido olvidar” para trabajar otras aporías de la historia, aquella que apunta a que la inmensa mayoría de los sucesos humanos “están abocados a desvanecerse del recuerdo humano”. Sin embargo, en su análisis ese “prohibido olvidar” es relacionado con estrategias de autoritarismos que pretenden ordenar e imponer determinadas versiones de los orígenes en los que se celebran hechos y personajes particulares como fundacionales. Más, como plantea Michel Foucault en su texto *Nietzsche, la genealogía y la historia*, “lo que se encuentra al comienzo histórico de las cosas, no es la identidad aún preservada de su **origen** —es la discordia de las otras cosas, es el disparate”. Por lo tanto, lo que resulta es una lucha por llenar ese vacío de sentidos y significados. Saber y poder se convierten en conceptos inseparables.

A pesar de lo anterior, muchos historiadores que trabajan desde ese “no olvidar”, lo hacen como un “comodín” para ocultar sus posturas ideológicas, políticas y culturales. Esta crítica de Pedro tampoco es inocente y lo que adelanta es un ejercicio ético de honestidad que



considera como una parte fundamental del trabajo del clionauta. Olvidar en este argumento es similar a discriminar, que es lo mismo que desarrollar las estrategias y criterios para tomar decisiones, para incluir o dejar afuera, para acoger un concepto porque es operacional en determinado momento, pero saber abandonarlo o redefinirlo cuando lo entendemos agotado. La capacidad de olvidar es lo que abre la posibilidad para jerarquizar y matizar, aspectos fundamentales para “pensar y elaborar relatos históricos”.

No pienso que San Miguel esté aduciendo que olvidemos las “palabras claves” de nuestros relatos como parte de nuestro trabajo reflexivo sobre el transcurrir de nuestras concepciones espacio-temporales. Lo que hace es llamar nuestra atención e invitarnos, mediante la crítica, a que estemos conscientes de las implicaciones epistemológicas y éticas al momento de utilizar los conceptos y las figuras retóricas, esto es, que no asumamos la transparencia de los mismos. En el argumento de nuestro autor, el olvido, como concepto, deja de ser una palabra cargada negativamente, alejada de la meticulosidad y el detalle o hermanaada con el descuido. Nuestro historiador convierte al olvido en una palabra clave y fundamental no sólo de su ejercicio narrativo, sino de la estrategia de análisis que nos propone. Sin olvido no es posible pensar..., y si pensamos lo hacemos para “proceder”, para generar una intervención. De ahí, el poderoso carácter político y ético de su propuesta.

Pedro San Miguel es el historiador que esgrime el olvido y la duda como herramientas de autorreflexión para que dejemos de ser una comunidad de creyentes. Pero para ello, acota siguiendo Emil M. Cioran, hay que “atacar el interior de nuestra posición”. Es ahí donde radican las posibilidades de construir herramientas políticas, éticas y conceptuales que superen los lugares comunes, y el ruido del parloteo, y nos permitan enfrentar la realidad.



Los ensayos reunidos en esta colección son polémicos y están llenos de pistas y sugerencias. La escritura de Pedro motiva porque se trata de una aventura desprendida y honesta. Solamente la bibliografía que nutre este libro ya es un regalo generoso, una invitación a pensar y a dejarse asombrar. Por eso estos ensayos –y las narraciones de Pedro en general– tienen la virtud del contagio. Más allá de querer seguir leyéndolo y releuyéndolo, que es parte de los riesgos y los síntomas, lo que realmente te pega, y duro, es el deseo de continuar tu propio viaje conversando con estos textos; con tus cartas de navegación puestas a prueba, con tus preguntas y las ajenas, con los deseos de llevar al límite los conceptos que manejas y tratar de mirar a través de los fragmentos del espejo..., para, si tienes suerte, hasta reírte de ti mismo. Sólo me resta agradecerle esa mirada filosa a nuestro historiador.